

María Rosa **Esplot**  
Jaime **Nubiola**

# ALMA DE PROFESOR

La mejor profesión del mundo



DESCLÉE

APRENDER A SER  
EDUCACIÓN EN VALORES

María Rosa Esplot y Jaime Nubiola

# ALMA DE PROFESOR



Desclée De Brouwer

© María Rosa Espot y Jaime Nubiola, 2019

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2019

Henao, 6 – 48009 BILBAO

[www.edesclée.com](http://www.edesclée.com)

[info@edesclée.com](mailto:info@edesclée.com)



EditorialDesclee



@EdDesclee

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –[www.cedro.org](http://www.cedro.org)–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain

ISBN: 978-84-330-3029-0

Depósito Legal: BI-171-2019

Impresión: Itxaropena S.A. -Zarautz

**7 propuestas para trabajar  
la convivencia en el aula**

Descárgalo gratis en [edesclée.info](http://edesclée.info) con el código:

**7PROPUESTAS3029**

# Índice

Introducción. . . . .	9
1. El profesor. . . . .	11
El prestigio de los profesores. . . . .	11
Pensamiento y vida: La coherencia del profesor . . . . .	15
Los profesores, grandes lectores . . . . .	18
Sonreír a los alumnos . . . . .	21
La mirada del <i>maestro</i> . . . . .	24
Disfrutar en el aula . . . . .	27
La eficacia del orden creativo . . . . .	30
El arreglo personal del profesor . . . . .	34
El descanso de los profesores . . . . .	38
Enseñar sin aburrir . . . . .	41
La atención a los profesores y las profesoras principiantes. . . . .	45
El profesor como mentor. . . . .	48
2. Los alumnos . . . . .	51
Querer a los alumnos. . . . .	51
El ejemplo del profesor . . . . .	55
La disciplina en el aula . . . . .	58
Los alumnos introvertidos. . . . .	62
La vergüenza no sirve para enseñar . . . . .	66

El debate de los deberes . . . . .	70
La orientación profesional de los alumnos . . . . .	74
La diversión de los jóvenes . . . . .	77
3. Algunos aspectos de la tarea educativa . . . . .	81
El trabajo en equipo . . . . .	81
La calidad en el aula . . . . .	86
La importancia del talento . . . . .	88
¿Dos culturas: ciencias o letras? . . . . .	90
Enseñar a decidir . . . . .	94
Los exámenes . . . . .	98
Enseñar a escribir . . . . .	102
Trabajar cansados . . . . .	107
4. Algunas contribuciones a cuestiones debatidas en educación	111
La “nueva educación” . . . . .	111
El reto de la escuela inclusiva . . . . .	115
Las pantallas y el aprendizaje . . . . .	120
El profesor no implicado . . . . .	123
Algo que al profesor no se enseña: el trabajo en equipo . . .	128
La autoridad del profesor en distintos entornos escolares: coeducativo y diferenciado . . . . .	144
Para seguir leyendo . . . . .	159
Origen de los textos . . . . .	161
Bibliografía . . . . .	163
Índice de nombres . . . . .	167

## Introducción

La buena docencia reclama *la excelencia del profesor*. Que el profesor llegue a ser un modelo de excelencia –que no de éxito– depende de su trabajo diario en el aula y fuera de ella. La buena docencia en su sentido más profundo pide profesores y profesoras a los que les encante su trabajo profesional, que estén persuadidos de que su profesión es la mejor del mundo, profesionales estudiosos –¡con ganas de aprender!–, favorecedores del aprendizaje y que estén empeñados en sacar a la luz lo mejor de cada alumno en particular. En definitiva, la buena docencia reclama tener *alma de profesor*, profesores con alma, con entusiasmo, con ilusión y con pasión.

Los autores hemos escrito este libro convencidos del papel fundamental del profesor en la educación de los jóvenes aunque el profesor no sea protagonista de los aprendizajes. Sus páginas tienen su origen en una colección de artículos que hemos preparado y publicado, en estos últimos años, en diversas revistas de educación y en la *web*. Ahora, hemos repensado todos esos textos y hemos tratado de darles unidad y articulación para formar este libro. Va dirigido a todos los profesores y profesoras, y también a todas las personas interesadas en la educación.

El libro está organizado en cuatro capítulos. En el primer capítulo nos centramos en el profesor: su prestigio, su coherencia, su sonrisa, su mirada, su gozo, su descanso, sus inicios profesionales, etc. El segundo

capítulo trata sobre los alumnos, en particular su relación con el profesor: querer a los alumnos, la disciplina en el aula, los deberes para casa, la orientación profesional, los alumnos introvertidos, la diversión de los jóvenes, etc. En el tercer capítulo damos cuenta de algunos aspectos de la tarea educativa que consideramos de gran interés: el trabajo en equipo, la calidad en el aula, la importancia del talento, ciencias o letras, enseñar a decidir, los exámenes, enseñar a escribir, el esfuerzo. El libro se cierra con un cuarto capítulo en el que abordamos algunas otras cuestiones discutidas en el mundo de la educación hoy: la “nueva educación”, la educación inclusiva, las pantallas y el aprendizaje, la implicación del profesor, la educación diferenciada.

Aspiramos con este libro a entusiasmar a los profesores jóvenes en esta apasionante tarea, pero pensamos que nuestro libro puede ayudar también a los profesores “cansados”. Puede leerse de un tirón o quizá mejor a partir del índice leer las secciones que a cada uno puedan atraerle más. Se trata a fin de cuentas de despertar el *alma de profesor* que todos descubrimos en nuestro corazón cuando iniciamos la carrera docente.

Queremos agradecer a todos nuestros familiares, amigos y colegas que con su lectura del borrador de este libro y sus sugerencias tanto nos han ayudado en su elaboración. También debemos gratitud a nuestros alumnos y alumnas que, sin lugar a dudas, han sido inspiradores de muchas de las páginas de este volumen. Finalmente nuestro agradecimiento va dirigido a la editorial Desclée De Brouwer por su confianza y su apoyo.

María Rosa Espot y Jaime Nubiola

# 1.

## El profesor

### El prestigio de los profesores

El sentido etimológico de la palabra “prestigio” es muy diferente del que habitualmente le damos hoy. En efecto, “prestigio” proviene del latín *præstigiūm*, que se refería a la ilusión causada a los espectadores por los trucos de un mago. Originalmente prestigio significaba engaño o truco. Más adelante la palabra prestigio desarrolló un significado positivo y comúnmente se utiliza para describir alta estima, reputación sólida, buen crédito. En este sentido los profesores –como las instituciones o los acontecimientos, por poner dos ejemplos– se describen como prestigiosos. De hecho, la palabra “prestigio” –según el Diccionario de la Real Academia Española– tiene muchos significados: una fascinación mágica, una influencia o autoridad, un truco o un engaño. En palabras de la filósofa francesa Simone Weil, “El Diabolo es el padre de los prestigios, y el prestigio es social”<sup>1</sup>.

Hay quienes dicen que el prestigio de ciertos políticos parece estar más de acuerdo con el sentido etimológico de esta palabra que con el significado que le damos hoy. Aunque sea una terminología quizás en menor uso, a nosotros nos gusta más hablar de profesores excelentes que de profesores prestigiosos. Los profesores excelentes sobresalen

---

1. S. Weil, «Cahier XVII», [1942], OC, VI 4, p. 354.

en bondad, mérito y estimación. La calidad y la bondad de sus acciones les hacen dignos de valía y aprecio personales. De hecho, los primeros que descubren y reconocen la excelencia de un profesor son los propios alumnos.

### *El trabajo del profesor*

El trabajo del profesor primordialmente es un trabajo intelectual, esto es, un trabajo que requiere leer, estudiar, reflexionar, escribir. Algunos profesores a lo largo de su carrera profesional comparten temporalmente su tarea docente con tareas de organización o dirección del centro educativo en el que trabajan. Las actividades que llevan a cabo – asignar cursos o materias a los profesores, coordinar horarios, adjudicar aulas, confeccionar grupos de alumnos, organizar sustituciones, guardias y descansos, incluso ocuparse de asuntos económicos diversos– desde luego son necesarias para el buen funcionamiento del centro educativo, pero poco tienen que ver con el trabajo *intelectual* propio del profesor. Quizá sea este el motivo por el que algunos profesores rehúyen este tipo de actividades más administrativas e institucionales que intelectuales.

Lo primero que se espera de un profesor es que tenga unos conocimientos y sepa transmitirlos a sus alumnos. Ciertamente esto no es suficiente, pero es fundamental. Los estudiantes huyen de los profesores improvisadores, de los obsoletos, de los que no cumplen con sus obligaciones y por supuesto de todas aquellas actitudes y conductas que en alguna medida desprestigian al profesor: la impuntualidad, el absentismo, el mal humor, la mediocridad y la desgana, la pereza, el pesimismo y el hastío, y muy en particular, la indiferencia hacia los alumnos. Lo segundo que se espera es que sea justo y coherente en sus palabras y en su quehacer diario. El descrédito profesional desautoriza –incluso incapacita– al profesor como tal. Por la pérdida de su reputación el profesor queda privado de hacer mucho bien.

El prestigio al profesor principalmente le viene de la mano de la preparación y calidad de su tarea en el aula. El prestigio es fruto de un

trabajo competente, serio y responsable, realizado con constancia, día a día. Al contrario de lo que algunos piensan, muchas veces el prestigio del profesor nada –o muy poco– tiene que ver con los cargos, ascensos o aplausos sonoros de colegas y demás.

### *Profesores de prestigio*

Tener prestigio pide al profesor cuidar con empeño y de manera permanente su formación intelectual, dedicando a la lectura, el estudio y la reflexión las horas necesarias para no estancarse en sus conocimientos, marcándose con atención metas para mejorar cada día. Cuidar la formación intelectual es algo bien distinto de procurar una simple adquisición de técnicas y habilidades.

Los profesores somos la clase de intelectuales a los que se nos ha confiado la formación de profesionales, tarea que no podemos reducir a una mera instrucción de contenidos. De alguna manera los alumnos ponen su ilusión, su confianza y su inteligencia a nuestra disposición para que, con nuestro trabajo, saquemos a la luz lo mejor de cada uno en particular. Para llevar a cabo esta importantísima tarea, ese encargo que la sociedad nos ha encomendado de manera confiada, los profesores necesitamos el ascendiente del prestigio personal y profesional que fascina y persuade y permite ayudar a los demás, sin *reduccionismos* de ninguna clase. Se trata de no defraudarles. Si los profesores no tenemos conciencia de la valía de nuestra misión, echamos por tierra el sueño de muchos que han confiado en nosotros.

Por otra parte, el prestigio profesional del profesor es incompatible con la vanidad –considerada a menudo como el *vicio del maestro*–, la arrogancia o el engreimiento propios. La mejor garantía de prestigio profesional no radica en los discursos egocéntricos de autoadmiración o autoalabanza que nada aportan a quienes quieren aprender –estudiantes y colegas–, sino que radica en el cumplimiento de los deberes propios de la profesión u oficio y en las actitudes que en alguna manera prestigian un trabajo. La autocomplacencia solo tiene que servirnos para estar prevenidos contra ella.

### *Consideraciones finales*

Como es sabido, hay profesiones, como la profesión docente en primer lugar, en las que lo que la persona es o siente no puede separarse del ejercicio profesional. Un profesor no puede despojarse de sus características personales y particulares solo por el hecho de entrar en un aula. El buen humor, el modo de vestir, los gestos, el tono de voz, la mirada, son cuestiones a las que el profesor debe prestar atención, pues tienen su papel en el prestigio del profesor. Ahora bien, ningún profesor puede compensar su falta de talento, de profesionalidad, o de ambas cosas, con su simpatía, capacidad de sintonizar con los jóvenes o elegancia personal, por poner unos ejemplos. Vale la pena tener en cuenta que el perfeccionamiento profesional conlleva de ordinario el perfeccionamiento humano, al que por supuesto todos debemos aspirar. En este sentido la formación continua del profesor alcanza gran relevancia en la vida del profesor.

Tener prestigio abre al profesor un inmenso canal de comunicación con los alumnos. La calidad de su trabajo y la bondad en su proceder hacen que el alumno le *reconozca* y le tome en *consideración*. Los estudiantes tienen necesidad de confiar en los profesores, pero necesitan el crédito de nuestra valía personal y profesional.

## Pensamiento y vida: La coherencia del profesor

El profesor que trata de articular unitariamente su pensamiento y su vida no solo es un ejemplo vital para sus estudiantes, sino que además les hace pensar. La credibilidad de un profesor va unida siempre a la coherencia que muestra en su quehacer diario entre pensamiento y vida. Los alumnos quieren profesores *auténticos*: solo en estos realmente confían y tienden a seguir su ejemplo. A su vez, la confianza de los alumnos exige al profesor un programa de vida coherente, es decir, exige al profesor que viva lo que enseña o al menos procure vivirlo. En este sentido, el ejemplo del profesor es decisivo en su misión formadora: para hacer pensar a sus estudiantes un profesor debe primero pensar mucho, debe cuidar su vida intelectual.

### *Profesores auténticos*

Los profesores auténticos son los profesores que se muestran –en el aula y fuera de ella– tal como son. Son profesores fieles a sus convicciones, leales, sin vaivenes ni altibajos en el trato con los estudiantes, que cumplen las promesas hechas y no tienen reparo alguno en admitir una equivocación. Amantes de su profesión, hacen de su ejercicio intelectual y de su práctica docente un elemento de servicio a los demás y no un elemento de vanidad o de acumulación de méritos para hinchar su currículum. Son personas convencidas de la capacidad humana de aprender y abiertas a las inquietudes profundas de los jóvenes a quienes –no dudan– hay que comprender y querer. Son profesionales que transmiten pasión por lo que hacen.

Los profesores auténticos saben escuchar y ponerse en los zapatos de sus alumnos. No obran precipitadamente, sino que son pacientes y asequibles. Convencidos de cuál es su misión están dispuestos a ayudar a sus alumnos con solicitud, dedicándoles todo el tiempo que sea necesario. Como escribió Kierkegaard, “ser maestro no significa simplemente afirmar que una cosa es así, o recomendar una lectura, etc. No. Ser maestro en un sentido preciso es ser aprendiz. La educación comienza cuando tú, maestro, aprendes del aprendiz, te pones en su lugar de tal forma que puedas entender lo que él entiende y del modo en que él lo

entiende, en el caso de que tú no lo hayas entendido antes, o si lo has entendido tú antes, le permitas a él someterte a examen de forma que pueda cerciorarse de que te sabes tu papel”.

### *Ser coherente*

Coherencia es conexión, relación o unión de unas cosas con otras. Es también una actitud lógica y consecuente con una situación, unos principios o unas obligaciones. La coherencia, entendida como unidad de vida, es una exigencia para quienes tienen la responsabilidad de formar a otras personas. Ser coherente significa que lo que se piensa, lo que se dice y lo que se hace coincidan, es decir, sean concordantes. Los alumnos esperan siempre que sus profesores hagan lo que *deben hacer* y hagan lo que *dicen que hay que hacer*. Cuando advierten un contraste entre lo que sus profesores dicen y hacen, se desconciertan. Los estudiantes quieren que sus profesores sean coherentes y la incoherencia de sus padres o sus profesores les decepciona profundamente.

El profesor ha de ser consciente de que lo más importante que enseña al alumno no es lo que dice sino lo que hace. No basta con *enseñar*, sino que hay que *vivir* lo que se enseña, es decir, hacerlo vida de la propia vida: ese es el mejor argumento para los jóvenes; el ejemplo es el argumento más convincente. Para ello, por supuesto, el profesor ha de estar realmente convencido de lo que dice y ha de actuar en consecuencia. Sus palabras y sus obras no pueden contradecirse. La coherencia le legitima ante sus alumnos. Los jóvenes retiran su confianza a los profesores que con su conducta contradicen sus propias palabras o convicciones.

### *La vida intelectual*

Solo si los profesores cultivan personalmente su vida intelectual –pensar, leer, escribir– podrán *contagiarla* a sus estudiantes. La afición a leer y a escribir –que es el alimento de la libertad interior– viene a ser como la gripe, que pasa de unos a otros sin que sepamos el modo concreto. Los profesores entusiasmados por los libros leen y hablan de sus lecturas en sus clases y en sus conversaciones, tanto con los colegas

como con los estudiantes. Si un profesor solo hablara de fútbol demostraría con su vida que lo que enseña en sus clases quizás en el fondo no le llena, no cautiva su atención.

Por el contrario, el profesor empeñado en cultivar su vida intelectual se aleja de la rutina, el conformismo y la mediocridad, tres situaciones funestas que arruinan cualquier intento de formar a jóvenes capaces de aprender, crecer y madurar. En este sentido, puede decirse que el empeño personal del profesor por ser un modelo inspirador, esto es, un buen ejemplo para sus alumnos, ayuda también al propio profesor a ser mejor. Así, el educador que lee libros para poder aconsejar los que le han gustado a sus estudiantes es mejor profesor que el que no lee –“no tiene tiempo”, dice– y simplemente se limita a remitir a los alumnos a una lista de libros recomendables que no ha leído. Quien recomienda a sus estudiantes que escriban, pero no escribe él convierte en odiosa esta actividad. Como dice el refrán, nadie da lo que no tiene.

La sociedad necesita gente que piense por su cuenta y riesgo, y los profesores somos quienes podemos enseñar a hacerlo. “No querría con mi libro ahorrarles a otros el pensar, sino, si fuera posible, estimularles a tener pensamientos propios”, escribió Ludwig Wittgenstein en el prólogo de sus *Investigaciones filosóficas*. Algo parecido querríamos decir siempre todos los profesores, pero para ello debemos empeñarnos nosotros también en pensar por nuestra cuenta y riesgo, cultivando nuestro espíritu.

La ejemplaridad del profesor es un deber y a la vez un atractivo que persuade y mueve –por convicción– a los jóvenes, pero es también un ideal al que todos los docentes debemos aspirar. En particular, el buen profesor aspira a cuidar siempre su vitalidad intelectual –leer, escribir, pensar– para poder así contagiarla a sus alumnos.